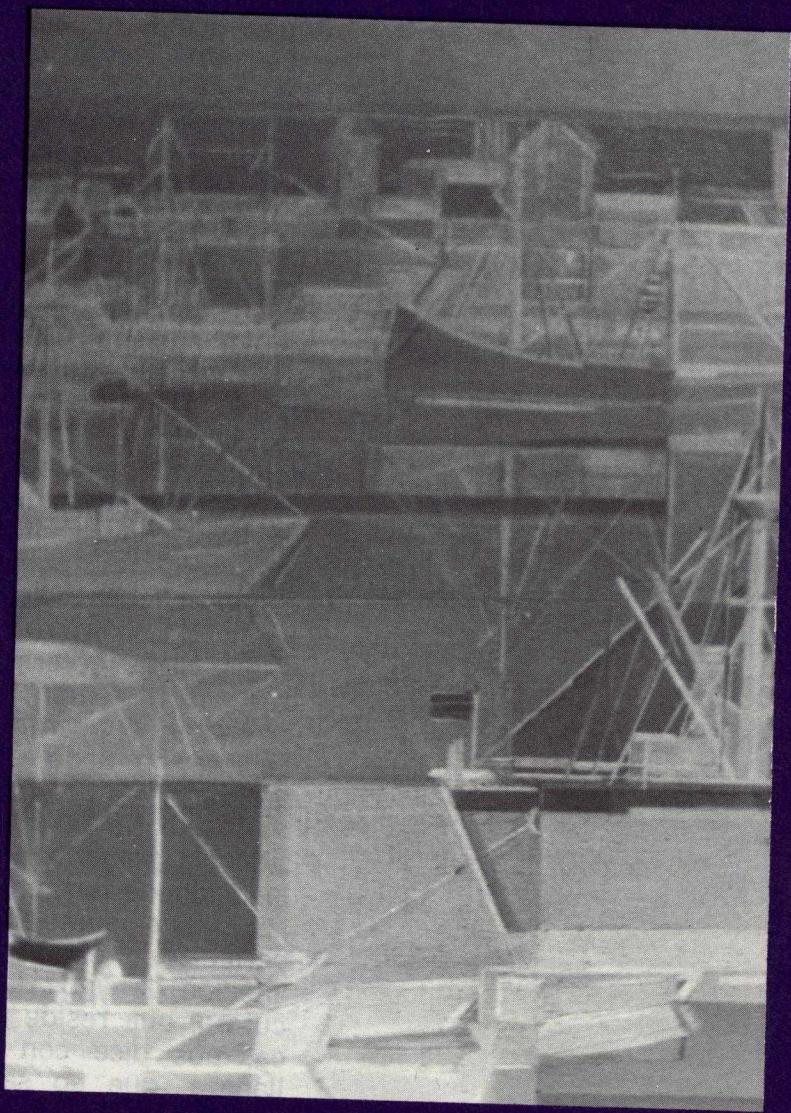


La pintura de



DELIA A. BUCICH



Delia A. Bucich, pintora argentina en permanente renovación

Una tarde de mayo de 1969 nuestros pasos nos llevaron hasta un lugar realmente encantador. Debemos confesar que todavía en Buenos Aires existen muchos sitios ignorados, o dejados de lado por la invasión de cemento que reemplaza algunas de sus sobrevivientes casas chatas, por moles angustiantes que, para habitarlas, parece imprescindible el renuncio a la urgencia de soñar. Esa tarde nos metimos en un espacio separado unos metros de la vereda de la calle Reconquista, poblada de pregones y ruidos de vehículos de tracción mecánica. El interior, ese interior que nos liberaba del aturdimiento del bullicio sin sentido ni disciplina, nos llenó el corazón con una ráfaga de pureza devolvente al amor que sentimos por la vida cuando ella se manifiesta en las mil y una cosas naturales que es capaz de brindar pero que, casi siempre, se nos arrebatan en nombre de lo que se ha dado en llamar progreso.

En el patio de la amplia residencia preguntamos por el lugar donde funciona una sala de arte anunciada en los periódicos y exhibimos la invitación de rigor. La interlocutora, que reside en la finca, nos dice con ejemplar llaneza, que no sabe, pero que presume que debe ser uno de los apartamientos del fondo, porque ha visto penetrar en ese lugar a gente de aspecto estrambótico. Confesamos que la explicación no nos sorprendió. Más aún, la comprendimos, ya que si la informante tenía el privilegio de residir en un lugar que ya de por sí era una obra de arte, ¿qué podía importarle que otros se afanaran por trasladar esa presencia de

belleza a las telas, al poema o al pentagrama? De todas maneras nos resultó útil la indicación para dirigirnos hacia el mentado sitio donde, después de ascender el par de decenas de escalones de madera de una frágil escalera, nos encontramos ante un muestrario de este Buenos Aires que nos llena de emociones distintas cada día. Allí nos esperaba el saludo de un conjunto de telas en las cuales habla con un lenguaje propio, nada común, una artista cuyo nombre no hace falta escribir con mayúscula, porque de todas maneras se leerá con tipo engrandecido no por la tipografía, sino por las pupilas de las almas agraciadas por tanto mensaje de arte. Es Delia Bucich. Antes de continuar debemos decir que conocimos a la pintora hace años, siempre atada a los mismos afanes, los de la plástica. Pero atada con un anhelo de darse en generosidad realmente singular. Propio, diríamos, de los artistas de verdad. Entonces ponía énfasis en hacer comprender sus cosas, sus inquietudes, sus deseos de sembrar belleza a través del esteticismo, en los pequeños. Esos pequeños que en sus garabatos primigenios saben, logran descubrirnos todo un mundo de ansias y esperanzas que ojalá los golpes de la vida no logren marchitar del todo. Frente a los cuadros de Delia Bucich y junto a la artista, sentimos que la necesidad de opinar se ahoga dentro de nosotros imposibilitados de traducir las impresiones en palabras. Comprendemos que éstas estaban de más o que no acudían en la medida reclamada por la dimensión de las ideas que afloraban en nuestros cerebros. Los castillos, las notas urbanas estaban allí, frente a nuestras pupilas ávidas de penetrar en la poesía gri-

tada por las voces de las composiciones. Intentamos formular mil preguntas sin lograr que ninguna floreciera. Por eso preferimos retirarnos como habíamos llegado, silenciosos pero henchidos por una tonelada de sorpresas que pugnaban por encontrar el camino del exterior, amenazando con llenar el ámbito de luces señaladoras de nuestro asombro. No sabemos porqué ante la deformación de la realidad, mostrada por Delia Bucich, pensamos en Baudelaire cuando dijo: "Aquel que no es ligeramente deforme, parece insensible. De ello se deduce que la irregularidad, es decir, lo inesperado, la sorpresa, el asombro, son parte esencial y característica de la belleza".

Pero esta visión ha quedado atrás como muchas otras visiones. Una mañana que transitábamos por la avenida Caseros, se nos ocurrió subir hasta el apartamiento de la pintora para conocer sus últimas realizaciones. Nuevo motivo para el impacto, ya que las obras aparecían ahora vestidas con un colorido luminoso reemplazando los pretéritos atenuados, cuando no sombríos.

Preguntamos el porqué de este cambio y Delia Bucich responde:

—¿Podría saberse la razón del sonido del agua que cae desde una altura o la angustia que priva en el poema compuesto por un joven? ¿Verdad que no? Yo me expreso auténticamente en la forma que siento y como siento. Si muestro algún cambio, habrá que atribuirlo a los estados de ánimo que regulan la obra del Hacedor.

Más adelante agrega que no cree que su pintura sea un intento deliberado de transformar cada cuadro en un poema, porque abomina de los gramáticos de la pintura,

a quienes califica de oficiantes condicionados. Cree, y esta es otra de sus virtudes predominantes, que el artista debe manifestarse con verdad y en la verdad. Así, si en la muestra de "La Tángara" la poesía estaba en las sombras, en los colores atenuados, en los lilas románticos, esas sombras y los alilados danzan ahora en un prisma de luz y colores vivos, invitando al optimismo en una incitación a la alegría de vivir; debe ser sencillamente, porque Delia Bucich vive otro estado, goza del bien de otros sentires.

La artista comparte sus horas, las horas que le dejan libres sus devociones docentes, con la pintura, lo que le permite legar poesías salidas del corazón, organizadas con el cerebro y realizadas con el nada fácil manejo del pincel. Ella ha jaloneado lentamente quizá, pero sin pausa, toda una obra llamada a fijar su nombre en la historia de la plástica de esta joven nación argentina, engrandecida por el arte de sus hijos.

El deseo de saber más cosas, quizás de encontrar el "meollo" generador de esa presencia que nos deslumbra, alienta el interrogante acerca de cuál de sus obras es, a su juicio, la mejor. Delia Bucich nos deja solos un instante que aprovechamos para ojear su álbum de recortes. Contiene centenares de opiniones pero nos detenemos en esta de Raúl González Tuñón:

“...Un sentido intimista trascienden sus imágenes, los interiores y los exteriores para los cuales también capta esos elementos invisibles que son la soledad y el silencio. La suya es una pintura eminentemente poética”. Y esta otra, que firma el crítico de arte Ernesto B. Rodríguez: “...La auténtica abstracción descubre la realidad poética

de los seres y las cosas; por eso, conforme a esa idea-sentimiento Delia A. Bucich realiza una pintura de medidos y sensibles planos de color; sin contradicción, sabe encarnar en ella esenciales imágenes de la vida cotidiana. Son paisajes urbanos o la visión sonora, ardiente del mar a través del recodo de una calle o del marco de una ventana...”

Frente a estas manifestaciones y al mundo irreal que nos rodea, con castillos, calles, playas, diques, luces y tinieblas que cubren las paredes del ambiente, pensamos en la lucha del arte esforzado por huir de las formas de la naturaleza para ofrendarnos un mundo de colores gratos a su creador, lo que no es otra cosa que uno de los secretos de la realidad, para brindárnosla en forma distinta pero más cercana a nuestros sueños. El retorno de Delia Bucich interrumpe nuestro vagabundeo a través de recortes y extensos viajes por el universo fantástico, el mismo que nos enseñó que la pintura no es otra cosa que poesía para los ojos.

La artista, sonriendo apenas, nos entrega un breve volumen de tapas rojas. Es **De la soledad y de mi muerte**, y nos dice:

—Lo mejor de todo lo que he pensado y realizado en mi vida es la autora de este poemario: Inés Hosking, mi hija.



